

# El bastón

A pesar de sus veinte y seis años, necesitó la ayuda de su bastón para balancear la influencia que su amiga, la bebida, había causado en él. Gritaba y alzaba a su compañera en lo alto, como quien pregona al viento un glorioso suceso. La hacía descender una y otra vez en su boca sedienta de ser. Más de una vez rodó por el suelo y estuvo a punto de cortarse con ese bastón extraño en el cual sostenía sus penas y su ira.

Cuando llegó al pequeño portón de la entrada sintió el descontrol de sus acciones y la esencia de su aroma. La suave llovizna encendía la piel alcoholizada que se convertía en vapor y le empañaba la vista.

Después de derribar el portón, observó, al final, la pequeña fábrica cafetalera de la hacienda, donde había pasado algunos años en esa producción en la que todo hombre se especializa. Se acercó a la entrada con el anhelo de apagar con su compañera todas las desventuras que le agobiaban.

La puerta estaba abierta. Las sombras habitaban entre bateas y fardos silenciosos y durmientes.

Cuando respiró de nuevo, le temblaron las piernas y con todo y bastón fue a parar al suelo. El recuerdo del hogar perdido se dibujó entre las tinieblas que le rodeaban. Sus ojos se hicieron dos manantiales de incienso y azufre que, prendidos ante una hoguera irreal, desfiguraron la realidad.

Se levantó como pudo, apoyándose en el bastón amolado como estandarte. Su pareja inseparable se desahogó de nuevo en su latente garganta.

Vio dos sacos de café recostados en un rincón de la habitación. Se maravilló al sentir

Camino lento al siguiente cuarto. Aún iba mareado por el pestilente olor de alcohol y café confundidos.

Su bastón arremetió airadamente contra el saco grande de café tostado aparcado al centro. Sus granos se desparramaron olorosos por toda la habitación. Aquella danza y molienda se extendió hasta el alba.

Cuando abandonó el almacén se veía cansado y penumbroso. La noche llegaba a su fin y mañana intentaría regresar con su familia. El alcohol poco a poco se alejaba de él como un demonio exorcizado.

.....  
No notó, en ese momento, que el sudor en su camisa era sangre y su bastón un machete. Aquellos fardos de café eran lo que quedaba de su familia.

Ryan Hernández



lo fresco de su piel y la vida rebotante de esa pulpa madura de café primera. Comenzó frenético a agujonear el vientre colorado de aquella consistencia. Cuando terminó ambos fardos se habían salpicado a granel sobre él.